

MARTIN
PUCHNER

EL
PODER
DE LAS
HISTORIAS

O CÓMO
HAN CAUTIVADO
AL SER HUMANO,
DE LA *ILÍADA*
A *HARRY POTTER*



CRÍTICA

MARTIN PUCHNER

EL PODER DE LAS HISTORIAS

O cómo han cautivado al ser humano,
de la *Iliada* a *Harry Potter*

Traducción castellana de
Silvia Furió

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: marzo de 2019

*El poder de las historias. O cómo han cautivado al ser humano,
de la Ilíada a Harry Potter*
Martin Puchner

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Written World. The Power of Stories to Shape People,
History, Civilization*

Copyright © 2017 by Martin Puchner

© de la traducción, Silvia Furió, 2019

© Editorial Planeta S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-026-0

Depósito legal: B. 3954 - 2019

2019. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro es 100% libre de cloro y está
calificado como papel ecológico.

Capítulo 1

EL LIBRO DE CABECERA DE ALEJANDRO

336 A.E.C., MACEDONIA

Alejandro de Macedonia recibe el nombre de Magno porque consiguió unificar a las orgullosas ciudades-estado griegas, conquistar en menos de trece años todos y cada uno de los reinos existentes entre Grecia y Egipto, derrotar al poderoso ejército persa y crear un imperio que se extendía sin interrupción hasta la India. Desde entonces, muchos se han preguntado cómo un gobernante de un pequeño reino griego pudo llevar a cabo semejante gesta, pero siempre aparece una segunda pregunta que, para mí, es mucho más fascinante: ¿por qué quiso Alejandro conquistar Asia en primer lugar?

Al reflexionar sobre esta cuestión, lo primero que me viene a la cabeza son los tres objetos que Alejandro llevó consigo durante toda su campaña militar y que cada noche ponía bajo su almohada, tres objetos que resumían el modo en que él mismo veía su campaña. El primero era una daga¹, junto a ella guardaba una caja, y en su interior había depositado el objeto más apreciado de los tres: una copia de su texto favorito, la *Iliada*.² ¿Cómo reunió Alejandro estos tres objetos y qué significaban para él?

Dormía sobre una daga porque quería escapar al destino de su padre, que fue asesinado. En cuanto a la caja, se la había arrebatado a Darío, su adversario persa, mientras que la *Iliada* se la había llevado a Asia porque era el relato a través del cual contemplaba su propia campaña y su vida, un texto fundacional que cautivó la mente de un príncipe que no se detendría en la conquista del mundo.

La epopeya de Homero también había sido un texto fundacional para los propios griegos durante generaciones, pero para Alejandro adquiriría el rango de un texto casi sagrado, razón por la cual lo llevaba encima en el curso de su campaña. Esto es lo que hacen los textos, sobre todo los fundacionales: nos cambian el modo de ver el mundo y nuestra forma de actuar. Sin duda, este fue el caso de Alejandro, que se vio inducido no solo a leer y estudiar este texto, sino también a recrearlo; y como lector se introdujo en la historia, proyectando su vida y su trayectoria a la luz de la del Aquiles de Homero. Alejandro Magno es bien conocido por haber sido un rey de talla excepcional, pero resulta que fue también un lector de talla excepcional.

UN JOVEN AQUILES

Alejandro aprendió la lección de la daga siendo todavía príncipe, en un momento crucial de su vida, cuando su padre, el rey Filipo II de Macedonia, casaba a una hija y nadie podía permitirse el lujo de declinar la invitación.³ Acudieron emisarios de ciudades-estado griegas, junto con visitantes procedentes de tierras recientemente conquistadas de Tracia, allí donde el Danubio se une al mar Negro. Es posible que entre la ingente muchedumbre hubiera incluso algunos persas, atraídos por los éxitos militares del rey Filipo, que estaba en puertas de lanzar un ataque masivo en Asia Menor, alimentando el temor en el corazón de Darío III, rey de Persia. El estado de ánimo en Egea, la vieja capital macedonia, era desbordante, porque el rey Filipo era conocido por las lujosas y exuberantes fiestas que organizaba; y en esta ocasión, todos los asistentes se habían congregado en el gran teatro, ansiosos por que diesen comienzo los festejos.

Alejandro debió de contemplar los preparativos con ambivalencia, puesto que desde una edad muy temprana había sido designado y adiestrado para ser el sucesor de su padre, y por consiguiente entrenado en las artes marciales y las marchas forzadas. Se había convertido en un diestro jinete, que, siendo todavía un muchacho adolescente y para asombro de su padre, había logrado dominar a un caballo indomable.⁴ El rey Filipo se había ocupado de que su hijo recibiese educación en el arte de hablar en público y de que aprendiese correctamente la lengua griega además del dialecto montañés que se hablaba en Macedonia (durante toda su vida, cuando montaba en cólera, Alejandro volvía al dialecto macedo-

nio).⁵ No obstante, ahora parecía que Filipo, que tanto había invertido en Alejandro, tenía intención de alterar sus planes de sucesión al casar a su hija con su cuñado, que con toda probabilidad se convertiría en un rival.⁶ Si por añadidura el matrimonio engendraba un hijo, Alejandro se vería totalmente relegado.⁷ Dado que Filipo era un maestro a la hora de tejer nuevas alianzas, preferiblemente a través del matrimonio, Alejandro sabía que su padre no dudaría en romper una promesa si convenía a sus propósitos.

Ya no había tiempo para cavilaciones: Filipo acababa de entrar en el teatro, iba solo, sin su guardia habitual, para demostrar confianza y control. Nunca Macedonia había sido más poderosa ni más respetada, y si la campaña en Asia Menor redundaba en victoria, Filipo se convertiría en el líder griego que había atacado y derrotado al Imperio persa en sus propias costas.

De repente, un hombre armado se abalanzó sobre Filipo, sacó una daga y el rey cayó al suelo. La gente corrió hacia él, pero ¿dónde estaba el atacante? Había conseguido escapar, cuando unos guardaespaldas lo divisaron fuera del recinto corriendo hacia un caballo y se precipitaron tras él. En su carrera se le enredó un pie en una parra, tropezó y cayó. Sus perseguidores le dieron caza y, tras un breve combate, fue pasado por la espada. Entretanto, en el teatro, el rey yacía muerto en un charco de sangre. Macedonia, la coalición griega y el ejército reunido para tomar Persia se habían quedado sin un caudillo.

Durante el resto de su vida, Alejandro se protegería con una daga, incluso por la noche, para evitar el sino de su padre.

¿Había enviado Darío de Persia al asesino para impedir el ataque que Filipo pretendía lanzar sobre Asia Menor? Si Darío estaba detrás del asesinato, sin duda había calculado mal.⁸ Alejandro utilizó el crimen como pretexto para deshacerse de sus rivales potenciales, acceder al trono y dirigir una expedición para asegurar las fronteras macedonias del norte y afianzar la lealtad de las ciudades-estado griegas del sur.⁹ Ahora ya estaba preparado para enfrentarse a Darío. Cruzó el Helesponto con una fuerza ingente, siguiendo el mismo camino que había tomado el ejército persa cuando invadió Grecia generaciones atrás. La conquista de Persia por parte de Alejandro había empezado.

Antes de enfrentarse al ejército persa, el rey se desvió hacia Troya, aunque no por motivos militares, porque a pesar de que Troya estaba muy bien ubicada cerca del estrecho que separa Asia y Europa, esta ciudad había perdido la importancia que tuvo antaño. Tampoco se dirigió allí con

la intención de capturar a Darío, porque al hacer de Troya su primera parada en Asia, Alejandro reveló el verdadero motivo de su conquista, un motivo que se hallaba en el texto que siempre llevaba consigo a todas partes: la *Iliada* de Homero.

Homero fue el camino por el que transitaron todos aquellos que se habían acercado a Troya desde que los relatos de la guerra se convirtieran en un texto fundacional. Yo, por mi parte, había leído una versión infantil de la *Iliada* cuando era niño, antes de acceder a traducciones más fieles, y cuando estudiaba griego en la universidad, incluso leí fragmentos en original con ayuda de un diccionario. Las escenas y personajes más famosos de dicho texto quedaron grabados en mi memoria para siempre, incluido el inicio, que abre con los nueve años de asedio a Troya por parte del ejército griego y el abandono de Aquiles del campo de batalla porque Agamenón le había arrebatado para sí a la cautiva Briseida. Sin su mejor guerrero, los griegos se encuentran en apuros, acosados por los troyanos, pero entonces Aquiles vuelve a la batalla y mata a Héctor, príncipe de Troya, y arrastra su cuerpo alrededor de las murallas de la ciudad. (Según otras fuentes, Paris consigue vengarse y mata a Aquiles lanzando una flecha que se clava en su talón.) Recordaba también la guerra entre los dioses: Atenea luchando en el bando de los griegos y Afrodita en el de los troyanos, y la extraña historia de fondo en la que Paris coronaba a Afrodita, aclamada la más bella de las diosas, y recibía, a guisa de recompensa, a Helena, la esposa de Menelao. La mecha de la guerra había prendido. Sin lugar a dudas, la imagen más impactante de todas era el caballo de Troya con los soldados griegos escondidos en el vientre del animal, aunque, para mi asombro, tras leer traducciones mucho más precisas, comprobé que la parte final de la guerra no se relataba en la *Iliada*, sino en la *Odisea*, y solo someramente.

Cuando pienso en la historia de Troya de la *Iliada*, hay una escena que predomina por encima de las demás en mi memoria. Héctor acaba de regresar de la batalla que ruge embravecida a los pies de la ciudad y busca a su esposa Andrómaca, pero no la encuentra porque ha salido precipitadamente a la ciudad para saber qué ha sido de él. A la postre, la encuentra cerca de la puerta y ella le ruega que no arriesgue su vida; sin embargo, Héctor le explica que debe luchar para que ella esté a salvo. En pleno intercambio de poderosas razones, la nodriza les trae a su hijo:

Tras hablar así, el preclaro Héctor se estiró hacia su hijo.
Y el niño hacia el regazo de la nodriza, de bello ceñidor,

retrocedió con un grito, asustado del aspecto de su padre.
Lo intimidaron el bronce y el penacho de crines de caballo,
al verlo oscilar temiblemente desde la cima del casco.
Y se echó a reír su padre, y también su augusta madre.
Entonces el esclarecido Héctor se quitó el casco de la cabeza
y lo depositó, resplandeciente, sobre el suelo.
Después, tras besar a su hijo y mecerlo en los brazos,
dijo elevando una plegaria a Zeus y a los demás dioses.¹⁰

En medio de la brutal y cruenta batalla que se estaba librando justo al otro lado de la puerta, y de la acalorada discusión entre marido y mujer acerca del significado de la guerra, de pronto cambia el tono cuando el padre, divertido, se quita el casco que tanto asusta al niño. Es un momento de reconciliación doméstica, en el que el casco da paso al rostro risueño de Héctor antes de besar a su hijo. No obstante, el casco todavía permanece allí, en el suelo, resplandeciente, y quizás el niño siga sollozando, un recordatorio de que esto no es más que un breve aplazamiento de la guerra que terminará con la muerte de su padre y la destrucción de la gran ciudad de Troya.

Todo esto estaba en mi mente cuando visité por primera vez las ruinas de Troya, situada en lo alto de una colina. Antaño, la ciudadela estaba ubicada cerca del mar, pero desde la caída de Troya en torno al año 1200 a.e.c., el mar ha retrocedido a causa de los sedimentos arrastrados por el río Escamandro. En lugar de alzarse dominante sobre el estrecho entre Asia y Europa como ocurriera en la Antigüedad, ahora Troya se erguía sobre una vasta llanura aislada del mar, que apenas podía atisbarse en el horizonte.

Sin embargo, lo que todavía resultaba más decepcionante que la ubicación de la ciudad en el paisaje era su tamaño: Troya era diminuta. En cinco minutos pude atravesar de cabo a rabo lo que en mi imaginación era una gigantesca e imponente fortaleza y ciudad. Resultaba difícil entender cómo aquella insignificante fortaleza había podido resistir al poderoso ejército griego durante tanto tiempo. ¿Era eso en lo que consistía la literatura épica, en coger una pequeña fortificación y magnificarla hasta la exageración?

Mientras le daba vueltas a mi desilusión, me vino a la cabeza que Alejandro había reaccionado justo al revés: le encantó Troya. Igual que yo, había soñado con aquella epopeya desde la infancia, cuando conoció por primera vez el mundo homérico. Aprendió a leer y a escribir estudiando a

Homero, y su padre, el rey Filipo, satisfecho con los éxitos de Alejandro, encontró al filósofo vivo más prestigioso, Aristóteles, y lo convenció para que se desplazase al norte, a Macedonia.¹¹ El filósofo resultó ser el mejor estudioso de Homero, al que consideraba el origen de la cultura y el pensamiento griegos. Bajo su tutela, Alejandro acabó por considerar que la *Iliada* de Homero no era solo la historia más importante de la cultura griega, sino también un ideal al que aspirar, una motivación para cruzar el Helesponto. La copia de la *Iliada* que cada noche colocaba debajo de su almohada tenía anotaciones de su maestro Aristóteles.¹²

Lo primero que hizo Alejandro a su llegada a Asia fue rendir tributo ante la tumba de Protesilao, alabado en la epopeya por ser el primero en saltar a tierra cuando las naves griegas desembarcaron.¹³ Este acto fue tan solo el comienzo de la recreación homérica por parte de Alejandro. Una vez llegados a Troya, Alejandro y su amigo Hefestión depositaron coronas en las tumbas de Aquiles y Patroclo, mostrando con ello al mundo que seguían las huellas de aquella famosa pareja de guerreros y amantes griegos.¹⁴ Ambos corrieron desnudos junto a sus compañeros alrededor de las murallas de la ciudad a la manera homérica,¹⁵ y cuando le ofrecieron a Alejandro lo que supuestamente era una lira, se lamentó de que no fuera la de Aquiles.¹⁶ Aceptó, a continuación, una armadura que se había conservado desde la época de la guerra de Troya: conquistaría Asia con una armadura homérica.¹⁷

Pese a no tener ninguna importancia estratégica directa, Troya reveló los orígenes secretos de la campaña de Alejandro: había puesto rumbo a Asia para revivir las historias de la guerra de Troya. Homero había conformado la manera en que Alejandro veía el mundo, y ahora llevaba a cabo aquella visión a través de su campaña, porque a su llegada a Troya, se impuso la tarea de proseguir con el relato épico e ir mucho más lejos de lo que el propio aedo podía haber imaginado. Alejandro engrandeció a Homero al recrear la conquista de Asia a una escala mucho más grandiosa. (Al parecer sus fragmentos favoritos de la *Iliada* eran diferentes de los míos: mientras que yo me sentía atraído por la escena doméstica de Héctor, Andrómaca y su hijo, él se identificaba con Aquiles y su coraje en el combate.)

Mientras Alejandro estaba en Troya, Darío de Persia le envió un ejército compuesto por mandos persas y mercenarios griegos. El primer enfrentamiento entre ambos, en el río Gránico, infligió una sonora derrota al ejército persa, y Darío se dio cuenta de que aquel joven macedonio era una amenaza mayor de lo que había imaginado: él mismo tomó

cartas en el asunto y reclutó a un gran ejército para acabar con aquel agitador.¹⁸

El ejército griego y macedonio de Alejandro era más pequeño que las fuerzas persas, pero estaba mejor entrenado, por no hablar de las formidables tácticas de combate desarrolladas por los griegos. Su padre había heredado la falange griega, filas de soldados de infantería enlazados en formación compacta con el escudo en una mano y la lanza en la otra, protegiéndose y ayudándose los unos a los otros. Mediante duros entrenamientos para reforzar la disciplina de sus soldados, Filipo había logrado aumentar la longitud de las lanzas y con ello convertir las filas de soldados en una impenetrable muralla móvil.¹⁹ A su acceso al trono, Alejandro había combinado aquella falange perfeccionada con una caballería veloz capaz de rodear a un ejército y atacar por la retaguardia; su propio estilo de combate tenía por objetivo inspirar a sus soldados. Por otro lado, su adversario Darío solía permanecer atrás cuando sus ejércitos luchaban, mientras que Alejandro dirigía el ataque lanzándose en la refriega a la menor ocasión. Una vez, durante el asedio a una ciudad, escaló las murallas antes que ninguno de sus hombres y saltó al interior sin ellos para encontrarse solo con dos guardias a su lado frente a una turba de defensores de la ciudad. Cuando por fin llegaron sus soldados, lo encontraron en apuros, acosado por todos los flancos y herido, pero defendiéndose encarnizadamente.²⁰

A la postre, los dos ejércitos se enfrentaron a finales del año 333 a.e.c. en Issos, cerca de la frontera que hoy en día separa Turquía de Siria, un enclave en el que la costa enseguida daba paso a las montañas, dejando relativamente poco espacio para el ingente ejército de Darío. Confiado por su superioridad numérica, Darío lanzó un ataque masivo contra la falange griega, que protegía el ala izquierda, pero en última instancia prevaleció el buen entrenamiento, la falange no se rompió y los griegos dieron alcance a los persas. Cuando Alejandro, al mando del ala derecha, vio una abertura en la guardia en torno al rey persa, se lanzó precipitadamente hacia él, pero Darío, presa del pánico, huyó en lugar de presentar batalla a su adversario, que lo persiguió implacablemente.²¹

Desde que siendo muchacho tuve ocasión de contemplar un cuadro del pintor renacentista Albrecht Altdorfer, la batalla de Issos ha estado pululando por mi cabeza. En la pintura, una puesta de sol ilumina un espectacular cielo de nubes y luz, que se refleja en la maraña de lanzas, armaduras y caballos que hay en el campo de batalla. En medio del caos se identifica la figura de Darío, de pie en un carro tirado por tres caballos, y

la de Alejandro persiguiéndolo en solitario a lomos de su caballo. Lo que siempre me ha fascinado es el detalle y la textura de este cuadro. Solía examinar la pintura, que por casualidad encontré en un libro de imágenes, e inspeccionar las escenas de batalla, el campamento o las ruinas de un castillo en la lontananza. (Cuando por fin pude ver la pintura original, también esta resultó ser mucho más pequeña de lo que había imaginado, medía tan solo 152 por 120 centímetros).

A pesar de que en la pintura parece que Alejandro vaya a dar alcance a Darío, la realidad es que logró escapar; no obstante, en los demás aspectos fue una victoria decisiva. Alejandro se apoderó de ingentes cantidades de tesoros, así como de la madre, de las hijas y de la esposa de Darío. ¿Imaginaba acaso a esta última como a una Andrómaca, la esposa del guerrero troyano Héctor?

En esta misma contienda Alejandro se adueñó de la caja de Darío, en la que guardó la copia de la *Iliada*, un recordatorio de que todavía no había derrotado a su enemigo en la debida forma homérica, puesto que no había terminado de interpretar a Aquiles.²² Por el momento, desdeñó las amenazas de Darío, que le enviaba cartas y exigía el retorno de su familia. Al contrario, prosiguió la marcha por el litoral, asegurándose de que la poderosa flota persa no pudiera atacar desde el mar, y se dirigió hacia el Levante, obligando a las ciudades a rendirse y saqueándolas si se negaban. Conquistó Gaza y mató a su recalcitrante caudillo, Batis, que había rechazado su oferta de rendición pacífica, y después arrastró su cuerpo alrededor de la ciudad igual que había hecho Aquiles con el cadáver de Héctor.²³ Era como si Alejandro hubiera decidido que el camino hacia la victoria consistía en una recreación fiel de las escenas de Homero.

Sin embargo, para la mente homérica de Alejandro, el verdadero Héctor no era aquel insignificante gobernador gazatí, sino Darío. Tan pronto como hubo afianzado su dominio en Egipto, entró en Mesopotamia, donde le esperaba el rey persa: Darío ya no subestimaba a Alejandro. Esta vez había reunido toda la fuerza del Imperio persa al completo. Los ejércitos se enfrentaron en el corazón de Mesopotamia, cerca del actual Mosul, en Irak.²⁴ Primero lanzó su falange contra las huestes persas, pero a continuación combinó hábilmente este envite con una osada maniobra. Con su caballería alejó a los persas hacia el flanco derecho para, inesperadamente, dar la vuelta y lanzar un ataque decisivo al centro. Alejandro había alcanzado su objetivo: el Imperio persa ya era suyo.²⁵

Lo único que estropeó el triunfo fue que, una vez más, Darío había conseguido huir, y a pesar de que ya no representaba amenaza alguna para él, Alejandro salió en su persecución. ¿Acaso pretendía vengar el asesinato de su padre? A decir verdad no actuó de forma vengativa con la madre, esposa e hijas de Darío, sino que las trató con el máximo respeto.²⁶ No, lo cierto es que Alejandro seguía recreando su epopeya. Quería enfrentarse a Darío en una batalla tradicional y derrotarlo en combate singular, de la misma manera en que Aquiles se había enfrentado a Héctor y le había vencido. Pero, por desgracia, aquel deseo nunca se cumpliría, porque Darío fue asesinado por uno de sus generales, que abandonó su cuerpo para que Alejandro lo encontrase.²⁷ Este lloró la muerte de aquel digno adversario y encolerizado dio caza al verdugo que le había privado de su victoria homérica.²⁸

LOS SONIDOS DE HOMERO

800 A.E.C., GRECIA

La *Iliada* no se originó como literatura, sino como un relato de tradición oral. La historia se situaba en la Edad de Bronce, en torno al año 1200 a.e.c., en un mundo anterior a la guerra moderna librada por Alejandro, y antes de la escritura griega,²⁹ si bien es cierto que la civilización minoica de la isla griega de Creta había desarrollado un sistema de escritura arcaico similar a los jeroglíficos egipcios que no se ha podido descifrar.³⁰ En Micenas, ciudad ubicada en el continente, había surgido un sistema de escritura llamado Lineal B, pero se utilizaba básicamente para transacciones comerciales. A nadie se le ocurría escribir las historias de la guerra de Troya, porque aquellos relatos eran transmitidos por bardos especializados que los cantaban ante toda clase de público, numeroso y reducido.³¹

En torno al 800 a.e.c., los viajeros fenicios, del Líbano actual, difundieron la noticia de la existencia de un sistema de escritura totalmente distinto de todos los demás, tan diferente que en un principio costaba de entender su funcionamiento. Los sistemas de escritura antiguos como los que usaban en Micenas se habían originado a partir de signos que representaban objetos, como vacas, casas o grano. Con el tiempo, estos signos acabaron representando las sílabas que componían el nombre de aquellos objetos, o incluso sonidos individuales, pero todos los signos en su origen tenían un significado relacionado en su forma con un objeto o idea, que facilitaba su memorización.



Tablilla de arcilla grabada con la escritura Lineal B, hallada en Micenas, Grecia. Este sistema deriva de la antigua Lineal A, que no se ha podido descifrar.

Teniendo en cuenta los anteriores experimentos egipcios, los fenicios reconocieron que la fuerza de este sistema de escritura era al mismo tiempo su debilidad. Mientras los signos estuvieran basados en el significado, su número sería infinito. Por consiguiente, dieron con una solución radical: la escritura tenía que cortar sus vínculos con el mundo de los objetos y del significado, y en su lugar los signos pasarían a representar el lenguaje, más concretamente el sonido. Cada signo equivaldría a un sonido y podrían combinarse para formar palabras con significado. El hecho de renunciar a los objetos y al significado era algo difícil de lograr, pero tenía una enorme ventaja: el número de signos se reduciría de cientos o miles a unas pocas decenas, simplificando infinitamente la lectura y la escritura.³² Esta última quedaría ligada al habla de forma mucho más directa.³³ (La idea fenicia se extendió por la región: el hebreo se basa también en el mismo concepto.)

Los fenicios habían aplicado esta idea sistemáticamente a su lengua, pero no la siguieron hasta su conclusión lógica, porque solo se representa-

ban las consonantes. Era como si, en inglés, las consonantes *rg* pudieran significar *rug* (alfombra) o *rig* (jarcia) o *rage* (cólera). Los lectores tenían que averiguar por el contexto la palabra correcta, sirviéndose ellos mismos las vocales. Y ahí fue donde los griegos hallaron margen para una mejora y completaron el sistema fenicio añadiendo vocales, haciendo con ello innecesario adivinar a qué palabra hacían referencia las consonantes *rg*. Ahora se escribiría la palabra entera, la secuencia sonora completa: *r-a-g-e*.

Aquel nuevo sistema se adaptaba perfectamente al metro utilizado para cantar las historias de la guerra de Troya: el hexámetro, compuesto por seis pies (cada uno consistente en una sílaba larga y dos breves o en dos sílabas largas). El sistema fenicio no podía registrar este patrón sonoro porque la parte más importante, el sonido largo y acentuado en el núcleo de las sílabas, se habría perdido. Sin embargo, la modificación griega proporcionaba las vocales largas y acentuadas, por lo que el nuevo alfabeto fonético era perfecto para poner por escrito los relatos de la guerra de Troya, que fue lo primero que hicieron los escribas.³⁴ Incluso es posible que el alfabeto griego se inventase expresamente para plasmar el hexámetro de estos bardos.³⁵ En cualquier caso, este nuevo sistema garantizaba que los lectores no pensasen en la jarcia (*rig*) del barco de Aquiles, ni en la alfombra (*rug*) sobre la que dormía por la noche, sino en la cólera (*rage*) que sintió cuando Agamenón lo privó de su merecido premio tras un duro combate, tal como se expresa en los primeros versos del poema: «Canta, oh diosa, de Aquiles el Pelida / ese resentimiento —¡que mal haya!— / que infligió a los aqueos mil dolores».

Se ha hecho célebre el nombre de un aedo, Homero (aunque ni siquiera podemos estar seguros de que hubiera alguna vez un bardo con este nombre), en cambio, se desconoce por completo el nombre del ingenioso escriba que puso por escrito la historia de la guerra de Troya. No obstante, lo que hizo única la versión de Homero fue la colaboración entre ambos, porque el resultado fue mucho más coherente que otras escrituras como la Biblia hebrea, probablemente debido a que el escriba anónimo plasmó la versión de un único poeta y a que la *Iliada* no fue fruto de la improvisación por parte de diferentes escribas y diferentes aedos a lo largo de muchas generaciones. Cabe decir que en el mundo de la *Iliada* no hay descripción alguna de escritura (con una única excepción), y el poema épico se presenta a sí mismo como canto, no como relato escrito. Así pues, la *Iliada* y el alfabeto griego, un alfabeto basado en los sonidos, resultaron ser una poderosa combinación, y juntos iban a acarrear consecuencias de

amplio alcance. Al cabo de unos pocos siglos, Grecia se convertiría en la sociedad más culta del mundo conocido y sería testigo de una extraordinaria explosión de literatura, teatro y filosofía.

ASIA ADOPTA LA CULTURA GRIEGA

El alfabeto griego y Homero habían precedido a Alejandro en Asia Menor, pero con su llegada, fueron mucho más lejos de lo imaginable. El poder del nuevo alfabeto y la cultura de la alfabetización que aportó contribuyeron a su vez a la misión de Alejandro.³⁶ Tras conquistar Asia Menor y derrotar a Darío en Mesopotamia y Persia, prosiguió su camino, a través del Hindu Kush hasta Afganistán en primavera y vadeando el río Indo durante los monzones, luchando contra formidables elefantes de combate a medida que avanzaba. Ni la naturaleza ni adversarios armados podían detenerlo, con cada batalla que ganaba, con cada territorio que sometía, se ponía de manifiesto que el mundo era mucho más grande de lo que habían conocido anteriormente los griegos.

A medida que su reino se expandía, Alejandro empezó a pensar que, como Aquiles, era un semidiós, el hijo de una diosa,³⁷ y exigió que las ciudades-estado griegas le otorgasen oficialmente el estatus divino, y muchas acataron la petición.³⁸ Solo Esparta, que siempre lo había mantenido a raya, envió, como era habitual, una respuesta lacónica. «Puesto que quiere ser un dios, dejemos que sea un dios», replicaron, dando a entender que la divinidad estaba solo en la cabeza de Alejandro.³⁹

Cuanto más territorios conquistaba, más problemas tenía para conservarlos. La periferia occidental y meridional de la esfera de influencia persa, como Anatolia y Egipto, aceptaron de buen grado a Alejandro, puesto que solía mantener a los mandatarios locales y respetar las estructuras de gobierno. No obstante, la tarea de conservar las tierras ocupadas resultaba cada vez más ardua a medida que avanzaba hacia el este, tras hacerse con el control del corazón del territorio persa, por no mencionar las dificultades a las que tuvo que hacer frente cuando penetró en el remoto Afganistán y en la India.

Para mantener el dominio de estos territorios, Alejandro tomó una decisión que iba en contra de lo que le habían enseñado, a saber, que los pueblos que no eran griegos, eran inferiores.⁴⁰ Empezó a vestir indumentaria extranjera, admitió extranjeros en el ejército griego y se casó con una princesa afgana mediante la celebración de una compleja ceremonia bac-

tria;⁴¹ rindió culto a dioses foráneos y permitió que sus vasallos orientales lo adorasen postrándose boca abajo en el suelo.⁴²

Sus camaradas griegos y macedonios que le habían seguido con lealtad estaban atónitos, se sentían desplazados por rivales extranjeros y ya no reconocían a su rey.⁴³ Su resentimiento se puso de manifiesto cuando Alejandro invitó a sus viejos camaradas a una cena privada en la que todos ellos se vieron obligados a seguir el protocolo oriental y postrarse ante el rey, que como recompensa, les daría un beso y les permitiría levantarse de nuevo. Los guerreros curtidos en las batallas no necesitaban ser demócratas atenienses para sentir un profundo rechazo ante aquella costumbre, pero, al verse presionados, claudicaron, uno a uno, a regañadientes. Hubo tan solo uno que no se doblegó: Calístenes, el sobrino nieto de Aristóteles, al que Alejandro había contratado como cronista. «Seré un beso más pobre», declaró, provocando la ira de Alejandro, cuyos efectos tendrían amplias consecuencias, como veremos más adelante.⁴⁴ La posesión de Babilonia hizo que Alejandro no se considerase ya rey de Macedonia, sino «rey de Asia».⁴⁵

Sus generales estaban tan obcecados con su vestimenta y costumbres extranjeras que no fueron capaces de ver hasta qué punto se estaban helenizando los cuatro costados del mundo de Alejandro bajo su gobierno. El rey había dejado una estela de guarniciones griegas y macedonias para controlar a los gobernadores locales, y el imperio no tardó en verse salpicado de una verdadera red de asentamientos griegos que adoptaron su nombre.⁴⁶ En el seno de este territorio abundaban decenas de lenguas y culturas, y los griegos, como es sabido, eran reacios a aprender lenguas extranjeras, por no hablar de sistemas de escritura foráneos.⁴⁷ Su desdén por la mayoría de los pueblos no griegos estaba íntimamente relacionado con la lengua y la escritura; calificaban de bárbaros a los extranjeros precisamente porque su lengua les resultaba incomprensible y a sus oídos sonaba como *barbarbar*. Por este motivo nunca hubo la menor duda sobre qué idioma hablarían los colonos griegos y macedonios: evidentemente hablarían griego. Ni siquiera el propio Alejandro con sus nuevos amigos e indumentaria extranjera se molestó nunca en aprender ninguna otra lengua.

Homero desempeñó un papel crucial en esta conquista lingüística, y no solo por ser el favorito de Alejandro. La *Iliada* se convirtió en el texto fundacional por excelencia, porque era el texto con el que todos aprendían a leer y a escribir, el vehículo principal para la difusión de la lengua y alfabeto griegos.⁴⁸ Todo esto propició, además, la aparición de intérpretes



El tetradracma llevó la imagen de Alejandro Magno y la escritura griega a los más recónditos lugares del imperio.

profesionales, no solo de filósofos sino también de críticos que escribieron extensos comentarios sobre dicha obra.

Los soldados y colonos griegos hablaban una variante del griego que no era la lengua culta de Atenas, ni el dialecto macedonio de Alejandro, sino una forma simplificada de griego hablado, llamada griego común (*koiné*). Esta lengua se había originado en el imperio comercial griego siglos antes, y ahora se había convertido en el idioma del reino de Alejandro, una lengua con la que se podían comunicar las distintas partes del territorio.⁴⁹ A menudo, los dirigentes locales utilizaban sus lenguas y sistemas de escritura nativos, pero el griego común y su sistema fonético se convirtieron en el vehículo de comunicación a través de las fronteras que la conquista de Alejandro había eliminado.⁵⁰ Asimismo, puso en circulación una moneda común, el ático (tetradracma), que llevaba su rostro grabado en una cara y escritura griega en la otra.⁵¹ Alejandro no solo fue un fiel lector de un texto, sino que creó la infraestructura necesaria para su supervivencia.

Al convertirse en una lengua universal, las personas que hablaban griego se sentían ciudadanos del mundo; por consiguiente, Alejandro, lejos de traicionar la cultura griega y macedonia, se convirtió en la encarnación de una nueva identidad que se extendía a través de culturas y territorios, desde Grecia hasta Egipto y desde Mesopotamia hasta la India. En este contexto se fue abriendo paso una nueva palabra —huelga decir que era un término griego— que describía esta nueva identidad que ya no es-

taba arraigada a una determinada tribu o nación: «cosmopolita» o «ciudadano del mundo». La exportación de la *Iliada* por parte de Alejandro demostró que un texto fundacional podía ser transportado lejos de su lugar de origen y conservar su fuerza, convirtiéndose en un verdadero texto cosmopolita.

La lengua griega se aprovechó de las conquistas de Alejandro, pero también de la fuerza del alfabeto, cuya imparable revolución no tardaría en eliminar los sistemas no alfabéticos, como los jeroglíficos egipcios (y más tarde incluso los glifos mayas); una revolución que todavía sigue en marcha, puesto que hoy en día solo Asia Oriental se mantiene fuera del alfabeto, pero incluso allí están progresando sistemas de escritura fonética y silabarios.

En Asia Menor otras culturas y lenguas estaban también en franca recesión: el lidio acabó muriendo en Anatolia, mientras que en Partia (hoy Irán nororiental) y en Bactria (hoy Afganistán), tierra natal de la esposa de Alejandro, se extendió el conocimiento del griego.⁵² Incluso en Fenicia, donde se había originado la idea del alfabeto, el griego avanzaba imparable. Los efectos de esta exportación lingüística sin precedentes se sintieron en lugares tan remotos como la India,⁵³ donde el sistema alfabético influyó en varios sistemas de escritura hasta el punto de que cuando el nuevo rey indio, Ashoka, accedió al trono, ordenó que las inscripciones se hicieran en griego.⁵⁴

UN HOMERO PROPIO

Alejandro prosiguió su camino hacia el este con su *Iliada*, sus monedas, su lengua y su alfabeto, y habría llegado a China si hubiera podido, pero el descontento estaba arraigando entre sus filas. Divididos entre los generales griegos y macedonios cada vez más resentidos y una mezcla de legiones extranjeras, sus soldados querían regresar a casa. Su propio ejército logró, a la postre, lo que ningún ejército extranjero había sido capaz de hacer: que Alejandro diese media vuelta.⁵⁵ Castigó a sus soldados con una marcha forzada a través del desierto que fue dejando un reguero de muertos antes de conducirlos a regañadientes a Babilonia, que se había convertido en el centro de su reino, y donde se detendrían solo temporalmente. Alejandro empezó a pergeñar planes para una invasión de Arabia, que incluso abarcaría todo el continente africano. ¿Habrían adoptado estas culturas el sistema fonético griego y la cultura griega? Nunca lo sabre-

mos, porque, tras una noche de borrachera, Alejandro cayó enfermo y murió a los pocos días por causas desconocidas. Quizás asesinado como su padre. Tenía treinta y dos años.

Murió con una aflicción: no se había escrito aún la historia de su vida. A pesar de que hizo más por Homero que nadie antes o después que él, había algo trágico en su veneración al bardo, porque lo que en realidad quería no era tanto seguir los pasos de los héroes de Homero como tener a un Homero que le siguiera. Esta idea se había instalado en su mente desde el primer momento en que puso un pie en Asia, cerca de Troya. Tras presagiar que sus propias hazañas ensombrecerían las de los semidioses de Homero, se lamentó públicamente por no tener un Homero propio que cantase sus gestas.⁵⁶

Como no estaba en la naturaleza de Alejandro lamentarse por la ausencia de un Homero y no hacer nada al respecto, contrató a Calístenes para que escribiera las crónicas de sus proezas, pero este arreglo no salió como había planeado. Calístenes se negó a postrarse ante Alejandro,⁵⁷ después se vio implicado en una revuelta contra él y finalmente murió en prisión.⁵⁸

Iniciar una pelea con su cronista no fue muy inteligente por parte de Alejandro, porque antes de morir, Calístenes escribió un relato de las hazañas del macedonio, cuyo texto se ha perdido, pero que incluía duras palabras sobre las nuevas costumbres persas de Alejandro que acabaron haciéndose eco en posteriores biografías. En cualquier caso, Calístenes no era precisamente lo que tenía en mente Alejandro cuando invocaba a un nuevo Homero: quería un poeta de verdad, pero por desgracia no vivió para ver cumplido su anhelo.

Calístenes fue solo el principio, porque la vida de Alejandro fue sencillamente demasiado asombrosa y carecía de precedentes como para dejarla en manos de un solo escritor. Varios contemporáneos escribieron sus propios relatos, que a su vez inspiraron a otros a probar suerte en la narración de la vida de aquel guerrero; todos y cada uno de ellos fueron embelleciendo aquella fantástica historia con la esperanza de convertirse en el Homero de aquel nuevo Aquiles.⁵⁹ En una versión, Alejandro busca la vida eterna; en otra viaja al país de los Bienaventurados. En pocas palabras, la vida de Alejandro, concebida por él mismo a la luz de la literatura, se estaba transformando en una historia literaria.

Todas estas narraciones se fusionaron en lo que se conoce como el *Romance de Alejandro*, que no está atribuido a un único autor conocido, ni, por supuesto, a ningún nuevo Homero, pero que se convirtió en el tex-

to más leído de finales de la Antigüedad y de comienzos de la Edad Media, aparte de los textos religiosos.⁶⁰ Algunos autores incluso tuvieron la osadía de adaptar el relato a las circunstancias locales: la versión griega aseguraba que Alejandro no era hijo de Filipo, sino del último faraón egipcio;⁶¹ en cambio, en *El Libro de los reyes* persa, se le identifica con el hijo del rey persa Darab, que había tomado por esposa a una princesa griega.⁶² La literatura convirtió a Alejandro en el rey cosmopolita de Oriente que siempre quiso ser.

LOS MONUMENTOS LITERARIOS DE ALEJANDRO

En mi viaje tras la estela de Alejandro, después de visitar ciudades como Pérgamo, Éfeso y Perge en la actual Turquía, constaté que la mayoría de las construcciones de la época habían desaparecido, pero que invariablemente quedaban en pie, al menos de manera parcial, las ruinas de dos tipos de edificios que dominaban los enclaves: los teatros y las bibliotecas. Eran edificios a los que se habían dedicado ingentes recursos, testimonio de su importancia. Ambos estaban relacionados con la literatura: las bibliotecas eran lugares en los que se conservaba la literatura y donde los bibliotecarios copiaban textos importantes y escribían comentarios; los teatros estaban destinados a trasladar el mundo de Homero a audiencias contemporáneas. Los teatros helenísticos podían albergar un aforo de hasta veinticinco mil personas, que se congregaban para asistir a las representaciones de las viejas historias homéricas actualizadas por dramaturgos. Alejandro era tan aficionado al teatro que durante su campaña oriental envió a buscar obras y actores para entretener a sus tropas.⁶³

No obstante, la aportación más importante de Alejandro a la literatura tuvo lugar en Egipto. Tras conquistar el país al inicio de su campaña, el macedonio honró a los dioses egipcios y aceptó el título de faraón. En general, los griegos admiraban la cultura de Egipto y su complejo sistema de escritura, que no entendían, como fuente de antigua sabiduría. Pero incluso en Egipto, la tolerancia respecto a la cultura local tenía límites, y su acción más importante a la hora de helenizar Egipto fue propiciada, como era habitual, por Homero. Alejandro planeaba fundar una nueva ciudad cuando soñó con un pasaje de Homero que le sugirió el lugar más idóneo.⁶⁴

A diferencia de las viejas ciudades egipcias, que estaban tierra adentro, Alejandría estaba ubicada junto al mar y diseñada para la navega-

ción y el comercio. Tenía un enorme puerto natural en un extremo y un lago y canales, alimentados por el Nilo, en el otro, con muchos enclaves para muelles. En el centro se erguían los imponentes edificios que expresaban los ideales de la cultura griega. Había una escuela donde los alumnos aprendían griego a través del estudio de Homero, y al lado un gimnasio, con una columnata que supuestamente medía más de ciento ochenta metros, para hacer ejercicio y conversar. Y, cómo no, un gran teatro.

Alejandro presumía de todas estas instituciones, pero había una mucho más relevante para la helenización de Egipto: la biblioteca.⁶⁵ La ubicación estratégica de la ciudad, que pronto se convirtió en un importante puerto, fue crucial para el éxito de la biblioteca. A todos los barcos que arribaban para comerciar en Alejandría, lo primero que se les pedía era que compartieran con la biblioteca cualquier tipo de literatura que tuviesen a bordo. Por su parte, la biblioteca tenía un ejército de copistas dedicados a la conservación, y gracias a esta estrategia acabó creando la mayor colección de rollos del mundo, con el objetivo de incluir todos los instrumentos existentes, una ambición recientemente reavivada por el propósito de Google de organizar toda la información del mundo y hacerla universalmente accesible.⁶⁶ Además, la biblioteca contaba también con intelectuales y filósofos que inauguraron el estudio de textos literarios. En el corazón de la biblioteca estaban los poemas épicos de Homero, que se copiaban, editaban y comentaban meticolosa y concienzudamente, con la misma intensidad reservada a la escritura. Alejandro no solo exportó la épica de Homero a todo su reino, sino que sus sucesores construyeron también las instituciones que la transmitirían al futuro.

Bajo el gobierno de sus sucesores, Alejandría se convirtió en la ciudad griega más grande del mundo, cambiando la cultura de la escritura egipcia. Egipto había desarrollado uno de los primeros sistemas de escritura, los jeroglíficos, vinculados a un enorme acervo histórico y cultural, pero a pesar de que se habían simplificado a lo largo de los siglos con algunos signos fonéticos cuya circulación iba en aumento, seguían siendo muy difíciles de utilizar, y la mayoría de los egipcios tenía que contratar los servicios de escribas, incluso para las transacciones más sencillas.⁶⁷ La simplicidad del alfabeto fonético griego fue una tentación demasiado grande, y los egipcios acabaron adoptando letras inspiradas en el alfabeto griego para captar los sonidos de su propia lengua.⁶⁸ Este nuevo sistema, conocido como escritura copta, no tardó en desplazar a los jeroglíficos.

Todavía había un sistema más antiguo que los jeroglíficos egipcios: la escritura cuneiforme sumeria, que también fue desplazada por la escritura alfabética de Alejandro y quedó enterrada en el más completo olvido. La historia de su casual redescubrimiento en el siglo XIX nos conduce al mismísimo origen de la escritura y al primer gran texto fundacional de la historia de la humanidad.⁶⁹